Mediten muchas veces nuestros novicios y estudiantes esta hermosísima carta que, además de llevar el sello de la suprema autoridad de la Orden y ser dictada por la larga experiencia adquirida en la formación de los jóvenes religiosos, es la tierna expresión del amor de un Padre amantísimo, de la solicitud de un experto director de la vida espiritual y del interés de un celosísimo Apóstol de la vida religiosa, quien a la vez que señala con el dedo la causa del malestar de ánimo que sufren muchos religiosos, previene a los principiantes contra los temibles escollos que se ocultan a las profundidades del propio corazón.

CARTA DEL RVMO, P. CORMIER A LOS NOVICIOS

Roma. En la festividad de S. José, Esposo de la Stma. Virgen María.

AMADOS novicios: Entre nuestras muchas preocupaciones, fijamos a menudo la atención en vosotros, "*celándoos con celo de Dios*" (II Cor., XI-2), y deseándoos todas las gracias necesarias y útiles, para que "*andéis de una manera digna de la vocación de que fuisteis llamados*" (Efes., IV-1). Para ello os recomiendo dediquéis incansable solicitud en todas aquellas cosas que son *la base* de la perfección religiosa, como es en primer lugar el *conocimiento del propio corazón*, a fin de que mediante repetidos y diligentes exámenes de conciencia, extirpéis de él toda huella de disipación, vana complacencia, inmortificación y vida natural e imperfecta. Preparado ya, *plantad en él*, regad y proteged las virtudes más características de vuestra condición de principiantes; principiantes he dicho, y adrede; porque si al internaros en el camino de la perfección fomentáis y conseguís la humilde disposición de un principiante, con esto sólo ya habéis avanzado mucho.

Necesitáis ante todo la *dirección de un maestro*. De lo contrario—juguetes de vuestra fantasía—, os asemejaréis a niños caprichosos, que prefieren al pan, aunque duro, saludable y nutritivo, los dulces, más a propósito para criar lombrices que para reparar las fuerzas.

En la *oración mental* no os acobarden las dificultades que surjan de vuestro temperamento fogoso, voluble, más inclinado a la disipación que al recogimiento, y más impresionable por lo sensible que por lo espiritual. Aprended en esto de los estudiantes de letras. Cuánto esfuerzo y constancia para conseguir hablar el griego, el hebreo o el alemán. ¿Y no emplearéis más tiempo y mayor esfuerzo por conseguir hablar la lengua de los ángeles y de los Santos, es decir, la oración mental? ¡Pero qué frutos tan excelentes nacerán de ahí! Qué admirable ya en un joven novicio la sensata madurez de pensar y obrar.

Paralelo a la oración mental, reine en vosotros el amor a la *celda* y al *silencio*. Feliz el novicio que considera su celda rezu-

mando por todas partes presencia de Dios, y casi se siente obligado a besar con reverencia sus paredes. ¡Dichoso el novicio que se examina de las veces que ha quebrantado el silencio medio—por fragilidad, nunca de propósito o por desprecio—y con sincero arrepentimiento se acusa de ellas en el Capítulo de culpas!

A estos medios esenciales de perfección ha de unirse el *deseo de ser corregido,* aunque os parezca absurdo desear lo que tanto se opone al amor propio. Lo conseguiréis, sí, levantando la vista, atendéis no a la reprensión misma, sino a sus agradables frutos. ¿O preferís, como insensatos, permanecer siempre esclavos de vuestros defectos, que arraigados más y más se harían incorregibles y tiránicos? Equivaldría a renunciar a la verdadera perfección y rendiros sin condiciones al más animoso enemigo de vuestra alma. Ni os forjéis la ilusión de arrancar, por vosotros mismos, los pecados e imperfecciones y su sedimento. No tenéis para ello ni la gracia ni la fortaleza necesarias. Se requiere la *colaboración de un maestro,* que sea para el novicio Padre, Consejero y Médico. Agradecedle su solicitud por sanar vuestras dolencias y dejaos curar con docilidad.

Libres ya, gracias a la ayuda de estas correcciones y consejos, no sólo del mundo, sino aun de vosotros mismos, respiraréis la *alegría pura,* que tanto desea aquel amigo, padre y amable forjador de novicios, el Beato Jordán, primer Sucesor de Nuestro Padre.

Y ya que vamos hablando de los sillares de vuestra vocación religiosa es imposible olvidar a otro insigne sucesor de Nuestro Padre, el Beato Humberto de Romanis, que con tanta insistencia recomienda en sus obras la *observancia de nuestras tradiciones,* como están en las Vidas de los Padres antiguos y en nuestras Constituciones, y cuya realización nos va señalando como con el dedo el mismo V. Humberto al aplicar tan atinadamente los principios universales a cada caso particular. Leedlo, rumiadlo, y de su añeja doctrina, siempre nueva, libad cuanto podáis para la formación de vuestra vida espiritual.

No omitáis la meditación de la sana *doctrina y de los admirables ejemplos de nuestros Santos y Beatos.* Con ella admiraréis la más constante unanimidad en el amor y práctica de la observancia regular, junto a los más diversos modos de servir a Dios y a la Orden. Aprendamos a pensar y a obrar como ellos.

En fin: si me pedís un medio de llegar en breve a entender, a amar y realizar todo lo dicho, os doy como síntesis el *silencio,* al que antes aludimos, y del que ahora quisiera ocuparme un poco, con gusto, pues no creo encarecerlo nunca demasiado. Al silencio se ha llamado "Padre de los frailes predicadores", y podríamos decir Padre también de los novicios. Modelo tenéis, no digo ya en Nuestro Padre Santo Domingo, y en los Santos de nuestra Orden, es el mismo Niño Jesús que sin hablar aún con su silencio elocuente nos enseña a todos el arte de callar. Arte tan estimado y aconsejado principalísimamente a los novicios y estudiantes por nuestro Angélico Doctor Santo Tomás, cuando, entre los consejos a Fr. Juan, pone el siguiente: "Sé lento en hablar y no vayas sino tarde al

locutorio." Ni creáis no necesitar consejos como prácticos que sois en la guardia del silencio y que nunca o rara vez bajáis al locutorio. Porque hay un locutorio en el alma de muy fácil acceso, en él se presentan—como agudamente observa Benigno Bossuet—unos internos charlatanes, parleros y detractores, contra los que siempre es poca toda animosidad. Hay que despreciarlos, e inexorablemente echarlos fuera, si con engaño se hubieran introducido. Así, pues, tantas veces frecuenta un novicio o estudiante este malhadado locutorio, cuantas veces platica consigo mismo sobre los antojos de su amor propio, bien para examinar y discutir la reprensión recibida, o para complacerse vanamente de los talentos, que le ha confiado Dios; ya para censurar los defectos ajenos, o imaginar títulos, honores, cargos, admiración y éxito en sus empresas; o, finalmente, recordando a destiempo a familiares, amigos y acontecimientos del siglo.

No podéis calcular las pérdidas que de aquí se siguen para ese desgraciado religioso en el comprender y asimilar la materia de clase, hacer con fruto la oración mental, en el rezo atento del Oficio Divino, y en la adquisición de las virtudes de un perfecto religioso.

Espero, pues, amadísimos, de vosotros una constante ascensión hacia el ideal de la perfección religiosa, con que os habéis desposado. Pero sabed que no avanzaréis por este arduo sendero, sin antes conservar vuestro corazón en silencio y esperanza, para oír sin perder palabra lo que os hable el divino Niño; dos cosas os insinuará *sobre todo:* Ia.) *Anhelo de aprovechar* en la sana doctrina, a cuyo impulso exclaméis: *"Dame, Señor, entendimiento, para saber tus preceptos"* (Ps. 118, 73); 2.ª) *Oblación completa de vosotros* mismos, que os impulse a decir con el Salvador: *"Heme aquí, que vengo para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad"* (Hebr., X, 7). Pronuncien vuestros labios esta hermosa jaculatoria salida del corazón, y sea ella constante realidad en vuestras obras.

Estos son mis deseos, queridos hijos, que os confío como a hombres de buena voluntad; amadlos y ponedlos por obra con toda diligencia. Recordadlos sobre todo al examinar cada día los movimientos del corazón.

Conservaos dignos de Dios y de Nuestro Padre Santo Domingo.

Animado con esta esperanza y pidiendo vuestras oraciones a Dios por mí, por mis Socios y por toda la Orden de Predicadores, os bendigo de lo íntimo del corazón.

Fr. Jacinto María Cormier, O. P.
Maestro General.

L. S.

Nota. El sello de Nuestro Padre Maestro General tiene el siguiente lema, que es profundamente significativo:

"Caritas veritatis."
(La caridad de la verdad.)